

El paraíso, ¿está perdido? ¹

*Perdido por buscarte,
yo, sin luz para siempre.*²

Pensar en el paraíso nos acerca a la imagen de un lugar ideal, en el que nada falta y en el que, por consecuencia, podríamos sentirnos plenos.

La palabra paraíso se utilizaba antiguamente para aludir al Jardín del Edén, lugar en el que Dios puso al hombre. En ese sitio cercado, de paisaje muy bello, el hombre tendría a disposición todo lo que necesitara para gozar plenamente en paz y armonía. Fue desde allí, que Adán y Eva, luego de desobedecer a Dios, fueron expulsados. A partir de ese momento, el paraíso terrenal quedaría perdido para siempre.

En el campo de la psicología clínica, más específicamente dentro del psicoanálisis, encontramos un concepto que resuena con la idea de paraíso. Sigmund Freud utilizó el término “*sentimiento oceánico*”³ para aludir a la sensación de plenitud y completud que tiene el ser humano en el período más temprano de la vida. Es algo así como un sentimiento místico de felicidad total, ilimitado y de unión con todo, fuera del tiempo y el espacio. Se trata de un estado perfecto en el que nada falta. ¿Pero sería posible crecer si esa experiencia de satisfacción plena continuara a través de los años?

El nacimiento de un niño produce un reordenamiento de la constelación familiar a la que arriba. A partir de ese momento, el mundo más próximo comenzará a girar en torno a él. La madre estará a su disposición y él será, por un tiempo, el centro de atención. Es gracias a este fenómeno que el recién nacido puede sobrevivir. Sin embargo, la imperfección de ese nuevo entorno empezará lentamente a notarse. En principio, no todo lo que experimentará en su cuerpo será agradable, ya que el hambre, el frío o el sueño también son parte de la vida fuera del vientre materno. Aparecerá rápidamente “lo bueno” y “lo malo” en relación a lo que sea capaz de producir placer o displacer. Y aunque su madre tenga el propósito de que nada le falte, intentando colmar todas sus necesidades, no será capaz de hacerlo completamente. No podrá más que adivinar la causa de su llanto, porque el bebé no tendrá cómo enunciar lo que quiere. Es decir, que ya los primeros momentos de la vida traen consigo un malestar imposible de evitar. Es allí, donde reside el fin de ese imperio ideal, que de ahí en más sólo podrá conservarse en la fantasía.

El tiempo irá transcurriendo y el ser humano comenzará a crecer conservando siempre la creencia de que existió un paraíso que ha quedado perdido. He aquí la base de la nostalgia. Además, la idea de haber pasado por esa experiencia de plenitud, ha dejado fuertes marcas y no es algo que pueda abandonar fácilmente. Irá, entonces, en busca de ese paraíso perdido, con la falsa suposición de que alguien se lo ha quitado y la esperanza de poder volver a hallarlo. Sin embargo, a la luz de lo que podemos vislumbrar mirando hacia atrás, sus intentos no harán más que terminar en fracasos. Pero si analizamos la cuestión, un encuentro con esa experiencia de completud y satisfacción total ¿sería compatible con la vida? ¿Se puede vivir en un mundo en el que nada falta y nada cambia? La felicidad plena del paraíso ¿se asemeja al movimiento de lo vivo o invoca la quietud de la muerte?

Hay ciertos momentos en los que esa sensación parece hacerse presente, brindándonos la ilusión de que el paraíso aún es posible. Un ejemplo podría ser el enamoramiento. Durante ese primer momento de una relación, todo es placentero, perfecto. La lógica del “uno para el otro” es el indicio de un reencuentro con esa

satisfacción plena que tanto se añoraba. Se puede hacer a un lado lo displacentero, olvidar los malestares cotidianos, y de repente todo cobra un sentido maravilloso que podría durar para siempre. Pero tarde o temprano aparecerán las faltas de cada uno y se notará que la fantasía habrá llegado a su fin. Resulta que el otro no responde totalmente a las expectativas. Esto no impide, claro, que la relación continúe. Pero deberá hacerlo de otro modo, afrontando que lo que se esperaba del otro, es distinto de lo que el otro es. En consecuencia, el otro nunca podrá complementarnos.

Algo similar sucede, por ejemplo, al regreso de las vacaciones. Sobre todo si imaginamos por un instante un lugar paradisíaco, como un *all inclusive* caribeño, cuya oferta se basa justamente en la promesa de un lugar delimitado, sofisticado, en el que todo está incluido, es decir, nada falta. Pero tampoco este bienestar es eterno. Si nos tomáramos vacaciones para siempre, éstas carecerían de sentido. Su virtud consiste en el contraste con la rutina.

Podemos pensar también en el consumo de drogas. Su efecto produce muchas veces éxtasis, es decir un estado de plenitud máxima. Pero cuando éste desaparece, la caída es dolorosa y la sensación de desamparo produce un vacío cada vez mayor. Sólo más consumo es capaz de colmar tanto vacío. Encontramos aquí, por cierto, el círculo vicioso y mortal que hay en el problema de las adicciones.

Y a un nivel más general y, tal vez, cotidiano, la dificultad a la que nos acerca la vida fuera del paraíso, es la de enfrentar cambios. En ellos se pone nuevamente en juego la pérdida, porque hay algo que debemos dejar atrás para encontrarnos con lo nuevo. Imaginemos el pasaje de la niñez a la pubertad. Ante el avance del crecimiento, el niño se enfrentará al duelo por el cuerpo que ya nunca más tendrá. Lo mismo sucede, por ejemplo, ante un divorcio. Hay un ideal de familia que habrá que dejar atrás. O el fin de una carrera universitaria, que obliga para siempre a dejar el rol de estudiante. La vida misma nos va obligando a afrontar pequeñas y grandes crisis, confrontándonos cada vez con la angustia que genera abandonar lo que ya no seremos. Pues desde temprana edad, nos damos cuenta que todo tiene un principio y un fin.

Por otro lado, ante todo cambio, nos enfrentamos también con otra experiencia difícil de soportar: no saber qué pasará. En un nuevo camino o ante una nueva etapa de la vida, comenzamos a transitar por lo desconocido. Pasará un tiempo hasta que podamos volver a sentirnos cómodos en un nuevo ámbito. Domesticar la incertidumbre y aprender a llevarse bien con lo inesperado es una tarea que conlleva, a menudo, mucho trabajo.

Sin dudas hay algo inherente a la vida que nos expone muchas veces a un malestar inevitable y difícil de soportar. Es justamente en esos momentos, cuando más nos aferramos al recuerdo nostálgico de un paraíso, en el que creemos que todo ha sido mejor. Pero es también cuando más nos frustramos. Se trata de un mecanismo fallido, porque sólo nos acerca a una ilusión que entorpece nuestra posibilidad de crecer. Tal vez la solución a este problema sea comenzar a aceptar que el paraíso está perdido.

Lic. Juan Lo Carmine

¹ Artículo publicado en la Revista Vida Abundante de la IERP en noviembre de 2010

² Alberti, R. Sobre los ángeles. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Alicante 2005

³ Freud, S. El Malestar en la Cultura. Amorrortu Editores. Bs. As 1998